

CÓMO ME HICE
POETA

CÓMO ME HICE POETA

por

Andrés Acosta



Instituto de
Cultura de Yucatán
GOBIERNO DEL ESTADO



*F***ICTICIA**

MÉXICO

2010

Premio Nacional de Novela Corta «Juan García Ponce» 2008-09
Jurado integrado por: Pedro Salvador Ale, Eduardo Antonio Parra
y Raúl Aristides Pérez Aguilar

CÓMO ME HICE POETA

D.R. © Andrés Acosta

D.R. © Instituto de Cultura de Yucatán

D.R. © Consejo Nacional para la Cultura y las Artes

D.R. © Ficticia S. de R.L. de C.V.

POR EL INSTITUTO DE CULTURA DE YUCATÁN

Gobernadora constitucional del estado de Yucatán

Ivonne Ortega Pacheco

Instituto de Cultura de Yucatán, Director general

Renán Guillermo González

Subdirector general de literatura y promoción editorial

Jorge Cortés Ancona

Consejo Editorial: Roldán Peniche Barrera (presidente), Jorge Cortés Ancona,
Ena Evia Ricalde, Rita Castro Gamboa, Celia Pedrero Cerón, Paulo M. Sánchez
Novelo, Feliciano Sánchez Chan, Jorge Canto Alcocer, Juan Esteban Chávez Trava,
Virginia Carrillo Rodríguez, Mitsuo Teyer Mercado y Gaspar Gómez Chacón.

ISBN: 978-607-9017-02-6

Calle 86 (Av. Itzaes) No. 501 C x 59 y 65, Col. Centro, C.P. 97000, Mérida, Yucatán

POR FICTICIA EDITORIAL

Editor: Marcial Fernández

Diseño de la colección: Rodrigo Toledo Crow

Diseño de la portada: Armando Hatzacorsian

Formación de planas: Paulina Ugarte Chelén

Cuidado editorial: Mónica Villa

Consejero editorial: Raúl José Santos Bernard

ISBN: 978-607-7693-15-4

Sierra Fría 220, col. Lomas de Chapultepec, C.P. 11000, México DF

www.ficticia.com

libreria@ficticia.com

Ficticia Editorial es miembro fundador de la AEMI

(Alianza de Editoriales Mexicanas Independientes)

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la previa autorización por escrito de los titulares de los derechos de autor.

Edición: abril de 2010

Impreso y hecho en México

*La imprenta es un ejército de veintiséis soldados de plomo
con el que se puede conquistar el mundo.*

Johannes Gutenberg

*Ningún hierro puede atravesar el corazón con más fuerza
que un punto puesto en el lugar adecuado.*

Isaac Babel

EN CADA HIJO UN ESCRITOR TE DIO

Acababa de mirar una película en la que el protagonista, un escritor de novelas, vivía en una casa enorme en el bosque. Fumaba, bebía whisky y escuchaba jazz todo el día, aunque de vez en cuando manejaba su jeep hasta la ciudad para entrar en una librería de enormes vigas en los techos y autografiar ejemplares de sus obras a mujeres hermosas. De pronto el escritor se veía envuelto en una intriga policiaca, lo acusaban de asesinar a una mujer; pasaba una temporada tras las rejas, pero al final el asunto se aclaraba y al salir libre publicaba su obra maestra, autobiográfica, por supuesto. Sentí una corriente eléctrica subiendo por mi columna vertebral. ¡Eso es justo lo que yo quiero!, pensé.

A media cena, blandiendo un chorizo verde en la mano, revelé a mis padres mi decisión irrevocable de abandonar los estudios para hacerme rico y famoso publicando libros gordos: ¿para qué desperdiciar mi tiempo en resolver ecuaciones de primer grado y en memorizar los nombres de las capitales del mundo cuando podía vivir de mis regalías?

—Voy a ser novelista —rematé con aplomo y di una gran mordida al chorizo verde. Mis padres se miraron entre sí con ojos de huevo estrellado.

—¡Si dejas la prepa, te vas de esta casa! ¡Ni creas que voy a mantener vagos! —amenazó mi padre golpeando la

mesa—. ¿Qué es eso de querer convertirse en escritor? ¡Es puro pretexto para ser un vago, pues qué demonios! ¹

—¡Entonces me voy! —dije y me levanté de la mesa; aunque antes de irme regresé por otro chorizo. Ese sería el último que comería de su mesa.²

—¿Y de qué vas a vivir? —chilló mi madre—. ¡Me vas a matar de un disgusto! Primero querías ser biólogo marino y ahí andabas en la playa buscando cangrejos y tu papá te tuvo que sacar de los pelos porque casi te ahogas. Ahora quieres ser escritor y eres el que tiene la peor ortografía de tu escuela. Y, sobre todo, ¡de qué vas a vivir!

—¿De qué, madre?... De mis regalías, ¡claro!, si eso no va a ser ningún problema... Cualquiera sabe que un novelista de éxito no tiene que trabajar porque vive de sus regalías.

Claro, sólo faltaba que yo fuera un novelista de éxito y las regalías de mis libros (aún por escribirse) empezaran a fluir a chorros. Pero eso lo resolvería después. Lo importante era la decisión —muchos, a mi edad, no tenían la menor idea de lo que iban a hacer con sus miserables días—. Mientras tanto no fue difícil conseguir un trabajo nocturno en la lavandería de la colonia, el único requisito era tener la preparatoria concluida: para eso sirvieron los doce años de estudio que habían pagado mis padres. Pero incluso cuando cobrara mi primer millón, no dejaría de trabajar de inmediato porque descubrí que la lavandería era fuente inagotable de historias interesantes: tener a la mano la ropa sucia de las personas (incluyendo la de mis padres) significaba una oportunidad sin igual: la de obje-

-
1. Tiempo después mi madre me confesaría que alguna vez mi padre también quiso ser escritor, pero le causaba vergüenza admitirlo frente a mí.
 2. Sí, porque más tarde, mientras ellos roncaban en su cama, fui a la cocina para comer otro.

tos extraños que salen de los bolsillos, entre envolturas de chicles, recados amorosos y condones usados. Bastaba sacudir un pantalón sucio para que solito empezara a contar historias.

Alquilé la cochera de unos ancianos que recién habían sufrido la pérdida de su automóvil en un aparatoso choque y no tenían pensado volver a comprar otro durante al menos una buena temporada: estaban todavía estremecidos porque, además del automóvil (cuyo importe, si bien el seguro pronto les reembolsaría), su único hijo también se había sumado a las pérdidas materiales: un cuarentón que aún vivía con ellos...³

La casa de mis padres estaba a tan sólo tres cuadras de mi guarida, así que por las tardes terminé de acarrear mis escasas pertenencias en un carrito de supermercado. Cuando estuve instalado por completo, me senté en el piso de mi nuevo hogar dispuesto a disfrutar de mi libertad: ya nada ni nadie me impediría dedicarme a ser escritor. Afortunadamente no había sido necesario... sacar del camino a mis padres para ello, bastó con alejarme unas cuadras de su coto de poder.

—Listo. ¿Ahora qué sigue? —me recargué en la pared y entrelacé las manos tras la nuca imaginando la cara de mi padre cuando se estrenara la primera película basada en una de mis novelas. Podía escuchar el zumbido de los focos de neón anunciando a lo largo de la marquesina el título...¿? Cualquiera que éste fuera.

Andaba propenso al derroche y gasté mi sueldo de la semana en una pizza gigante de mariscos y una botella de vino. Después de una sexta rebanada de pizza y de la quinta copa de vino dulzón dormí una merecida siesta. Cuando

3. Bueno, después del accidente ya no vivía ni con ellos ni en ninguna otra parte.

desperté me senté en el borde de la cama para mirar directamente al vacío. Me di cuenta que había pasado por alto un pequeño pero significativo detalle: aparte de ganar premios, aceptar entrevistas y firmar libros, el escritor (y esto es fundamental aunque a algunos les vaya a sonar tonto): ¡escribe!

El escritor debe dedicar una buena parte del día a machacar las teclas. En las películas siempre se ve al tipo en camiseta que, tras teclear unas palabras del primer capítulo y encender un cigarro, arranca la hoja del rodillo y la tira al cesto de basura con energía (entonces la mano del director resume, mediante ágiles cortes de imagen, lo que de otra manera resultaría tedioso: un hombre sentado horas y horas frente al escritorio) y, en poco tiempo, mediante una sucesión de imágenes que duran unos segundos, el par de hojas al lado de la máquina se incrementa hasta convertirse en una pila maciza. ¡Simple!, ¿verdad? Eso era suficiente para producir una novela... Como una gallina que, de la nada, pone un gran huevo pecoso de avestruz.

Me hubiera gustado que Dios (aún creía en él), como director de esta pésima película en la que actuamos todos sin que se tome nuestro parecer, editara mis escenas de escritura con sus tijeras celestiales y me transportara directo a la escena en la que abracé mi original ya terminado con todo y título. Así sólo tendría que quebrarme la cabeza en redactar una bonita, aunque hiriente, dedicatoria a mi padre. El tiempo pasó. Permanecí en la cama horas enteras, medio dormido, con la fantasía de que mi novela apareciera mágicamente; pero no sucedió, no encontré el montón de hojas ni junto a la máquina⁴ ni por ningún otro lado.

4. La verdad es que ni siquiera tenía máquina de escribir, era el estuche de un viejo tocadiscos portátil.

ÍNDICE

EN CADA HIJO UN ESCRITOR TE DIO.....	9
EL PEQUEÑO HEMINGWAY.....	17
LA MALDITA PÁGINA TRECE.....	25
PAYASICLÁSICOS.....	29
UNA CATERVA DE DEMENTES.....	35
UN ALQUIMISTA CHINO.....	41
LA CURA.....	49
ESCUDO CONTRA LA REALIDAD.....	55
EL DEMONIO DE LAS ERRATAS.....	61
UN GIGANTESCO CHORIZO METAFÍSCO ININTELIGIBLE.....	67
DE DÍA FREGABA PISOS... ..	73
LO QUE VIRTUAL COMIENZA.....	77
UN GRAN TROZO DE CARNE.....	85
EL YERRO EN EL CORAZÓN.....	89
MÁRMOL CHORREADO DE SANGRE.....	93
VELADORAS PARA UNA COMA.....	101
ANTES DEL EPÍLOGO.....	105
EPÍLOGO CON PUNTOS ROJOS.....	109

«CÓMO ME HICE POETA»

DE ANDRÉS ACOSTA

SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN ABRIL DE 2010 EN LOS TALLERES
DE CORPORACIÓN INDUSTRIAL GRÁFICA S.A. DE C.V. FERNANDO
SOLER No.50, FRACC. MARÍA CANDELARIA, HUITZILAC, MORELOS,
C.P. 62510 MÉXICO

SE TIRARON 1000 EJEMPLARES